
Carlos de AYALA MARTÍNEZ

Órdenes Militares, monarquía y espiritualidad militar en los reinos de Castilla y León (siglos XII-XIII)

Universidad de Granada, Granada 2015, 319 pp.

«Guerra Santa» y «Espiritualidad militar»: dos binomios terminológicos y conceptuales difíciles de aprehender y sobre los que se han escrito miles de páginas dentro de la tradición historiográfica europea, convirtiéndose muchas veces estas expresiones de conformación y significado complejo, en designaciones de uso común genérico y en recursos tópicos que no exactamente nominan y encarnan las realidades que pudieron llegar a representar. En la actualidad, la primera de las expresiones, se utiliza en los círculos académicos para designar, en su amplia acepción, una militancia guerrera bajo bendición eclesiástica ejercida por parte de la nobleza europeo-occidental en las fronteras con el Islam, sobre ambos extremos del Mediterráneo, a partir del último tercio del siglo XI. Y la segunda, se asimila a lo que sería una forma novedosa de espiritualidad, vivida por parte de esos grupos aristocráticos, organizados en institutos militares, a impulsos de la reforma gregoriana, en esas mismas coordenadas cronológicas y en ese contexto, como hizo notar, por ejemplo, Alan Deyermon, al

equipararla a lo que denominó «espiritualidad cruzada».

La copiosidad de la producción bibliográfica más actual, alimentada tanto por el interés de la temática de fondo –la reconquista y las cruzadas–, como por el desbroce y conocimiento de fuentes y cuestiones regionales o locales en relación a esos ejes históricos, no significa, por otro lado, que se haya aquilatado el sentido más ajustado de los términos, lo que supone que sigue subyaciendo un problema de fondo, casi secular, acerca de su origen, naturaleza y significación. La cuestión sobre la «guerra santa» viene siendo una apuesta clásica en foros de discusión académicos, prestándose una menor atención a lidiar concretamente con la «espiritualidad militar», que se suele asimilar y relacionar mecánicamente con la primera, considerando acaso que una y otra eran las dos caras de una misma moneda.

Como en todo problema de raíces e implicaciones históricas y también, en cierta forma, eclesiológicas, se podría analizar esta cuestión bajo una fórmula, y a partir

de una sencilla ecuación. En el numerador: la Cristiandad en guerra, dentro de un cuadro general de crecimiento ante las realidades políticas musulmanas en la Península Ibérica o en el Oriente Latino. Se añade un segundo sumando: una sociedad expansiva, unos linajes nobiliarios tradicionales y otros secundarios y emergentes, ávidos de fama y de ganancias, sobre unas bases económicas necesitadas de renovación, y en sintonía con los poderes establecidos, caso por ejemplo del ducado de Aquitania, de Normandía o el reino de Aragón. Y en el denominador de esa ecuación conceptual referida a la historia de la espiritualidad: la Iglesia de una Europa bajo un intenso proceso de cambio en cuanto a modelos de funcionamiento y estructuras, liderada por un papado en fase de creciente refuerzo de su autoridad y con un plan de centralización, que dio asimismo cobertura a unas corrientes religiosas que ampliaron las bases de los principios y manifestaciones espirituales, a partir de las propuestas cistercienses, y más tarde de las órdenes mendicantes y asistenciales, por mencionar las más destacadas.

Qué duda cabe que estos ocho artículos reunidos por Carlos de Ayala en el presente volumen y fechados entre 2006 y 2014, exponen y aportan interesantes reflexiones sobre esta problemática de la naturaleza y definición de la «guerra santa» y la «espiritualidad militar» en el escenario hispano de los siglos XII y XIII, encuadrados dentro de la ecuación primeramente formulada. De hecho, el título elegido para este recopilatorio refiere a la temática acerca de la monarquía y espiritualidad militar en uno de los reinos peninsulares, justificando inicialmente la elección y razón de ser de dichos trabajos a partir de la idea de que en Castilla y León, durante ese período, se acogió la experiencia de esa «guerra sacralizada» debido a la iniciativa regia

y al auspicio de la jerarquía eclesiástica, quienes bajo distintas motivaciones, y en plena campaña de dilatación fronteriza, favorecieron las condiciones necesarias para su desarrollo en estos reinos peninsulares. El surgimiento y afianzamiento de las órdenes militares, tanto internacionales como propiamente hispanas, y su instrumentalización como vehículos idóneos para los objetivos políticos de expansión y reconquista de las monarquías, permitió dar cauce efectivo a los planes de la lucha militar, al ser apoyados por un discurso de legitimidad ideológica sobre la actividad bélica, ya presente en la sociedad guerrera occidental. De manera que este discurso sobre una nueva realidad, permitió elevar el proyecto peninsular de la «recuperación de Hispania» a un nivel de «cruzada», según vienen apuntando en sus investigaciones Francisco García Fitz y el mismo Carlos de Ayala a lo largo y ancho de este conjunto de ocho títulos.

A tenor de estas propuestas y según se afirma en el primero de los artículos: «De Toledo a las Navas: la reconquista que se convierte en cruzada», esto supuso que la reconquista, adquiriera el rango de lo que se llama empresa sacralizada, una actividad reforzada por la participación de las órdenes militares, según se recoge especialmente en los dos trabajos que siguen a continuación y que precisan el papel de éstas en la definición política, militar y colonizadora sobre las fronteras propiamente hispanas. Pero, si volvemos a la enunciación de la fórmula inicial, procede tener en cuenta más variables del problema: ¿adquirió la guerra contra los sarracenos un carácter que antes no tuviera, a partir de los reinados de Alfonso VI y Alfonso VII? ¿Fue éste, si así se perfiló, sagrado? ¿Qué significa la categoría historiográfica de «sacral» que se atribuye a la lucha contra el Islam? ¿Qué papel tienen aquí las órdenes mili-

tares? ¿Gozaron en los reinos hispánicos de la misma dimensión que en el resto del continente? ¿Quiénes y por qué dieron cobertura ideológica a la lucha militar de estos institutos? ¿Qué fue exactamente un *miles Christi*? ¿Se desarrolló una espiritualidad propia entre la nobleza guerrera y los miembros de las órdenes?

El discurso eclesiástico y las parejas justificaciones políticas conservadas a partir de los testimonios cronísticos hispánicos que argumentaron, por ejemplo, acerca de la toma de Toledo (1085), la campaña de Almería (1147), las operaciones frente a los almohades de finales del siglo XII y comienzos del siglo XIII, según se va desgranando en este volumen, arrojaron ideológicamente las acciones militares nobiliarias bajo la dirección de las figuras regias castellano-leonesas, y con un aliciente espiritual para quienes combatían y morían en las pugnas. De esta forma, la construcción del sustrato y bases ideológicas de la guerra contra los agarenos llegó a trenzar lo que la realidad política de unos reinos cristianos, en expansión, ante la ofensiva de un Islam renovado principalmente a partir de sus proyectos norteafricanos, imponía por la fuerza de los hechos o presentaba como necesario. Las fuentes de la época, en sus distintas variantes, avalan el apoyo o iniciativa del papado en relación a esas empresas, impulsando la participación en dichas actividades al dispensar indulgencias y otros beneficios religiosos. Sin embargo, este aliento no cabe identificarse con una intención de sacralizar el combate por parte de la Iglesia, formalizar una «militancia eclesial» destinada a un selecto grupo de caballeros o dar cabida a una, llamémosle, «espiritualidad bélica» en el seno de su cuerpo institucional.

Aunque pueda parecer otro plano del discurso, conviene contextualizar que, dentro de las coordenadas de la espiri-

tualidad donde habría de incardinarse la «espiritualidad cruzada», el combate del cristiano se concebía como parte de la lucha ascética, según afirmó, dentro de este contexto, el conocido prior de la Cartuja, Guigo, en una misiva remitida al fundador y primer maestre del Temple, Hugo de Payens, hacia 1128. En ella, el religioso, tomando como modelo la carta de San Pablo a los Efesios, recalca el verdadero sentido de la lucha espiritual, que se daba sólo y exclusivamente en el interior del hombre, como reflejan, por ejemplo, las fuentes de la milenaria tradición monástica. De manera que quienes guerreaban, tal y como matizó poco después el abad de Cluny, Pedro el Venerable, no eran religiosos ni se identificaban con ellos; apreciaciones que se convirtieron en críticas, algunas muy ácidas, y que fueron analizadas monográficamente en *Des chrétiens contre les croisades: (XIIIe- XIIIe siècle)*, por parte de Martín Aurell.

Identificar y designar, por tanto, la llamada «espiritualidad militar» historiográfica con la realidad de la actividad bélica, es significativamente matizable, según se apunta en la parte final del tercero de los artículos seleccionados y titulado «Las órdenes militares ‘internacionales’ en el contexto del siglo XII: religión y milicia»; incluso tomando como referencia los conocidos textos de Bernardo de Claravall sobre el Temple. La actividad guerrera no ha sido en la historia de la Iglesia una acción santificable, como bien se expresa en el legado escrito de los Santos Padres –citado asimismo en varias ocasiones por C. de Ayala–, paradigmas que desarrolló André Vauchez en su artículo sobre «La notion de *Miles Christi* dans la spiritualité occidentale aux XII^e et XIII^e siècles» (2011), porque contradecía la ética cristiana, personificada especialmente en la figura de Francisco de Asís.

El interés y sustento ideológico proveniente de las plumas eclesiásticas y del papado, en las centurias centrales del medievo, fueron una forma de reflexionar sobre las fronteras morales y las costuras del traje vestido por un selecto grupo social, en especial, los adscritos a las órdenes militares, que dinamizaron y dilataron la Cristiandad por las armas; pero nunca se justificaron o bendijeron como una parte de la actividad eclesiológica. El uso en la historiografía de términos como «Iglesia militante», «caballeros religiosos» y «espiritualidad combativa», ha modelado una imagen a veces distorsionada de lo que fue o pudo llegar a ser la proyección de ese entramado y de la relación entre los poderes públicos y la Iglesia, que no se acaba de definir conceptualmente, dentro de una retícula de circunstancias y necesidades socioeconómicas, ambiciones y proyectos personales, conflictos e intereses diplomáticos o incluso iniciativas corporativas de trasfondo político. Así, por ejemplo, la «guerra del Señor», a la que alude Jiménez de Rada en su *De rebus Hispaniae*, y que se suele interpretar como «guerra santa», refería más que posiblemente a la formulación de la «guerra justa» de San Agustín, como ejemplifica la correspondencia emitida por el papa Celestino III a las autoridades hispanas, en relación al enfrentamiento con los almohades de fines del siglo XII, y no exclusivamente a las lides y hazañas en el campo de batalla.

Aunque en esta ocasión se haya focalizado la atención sobre una de las cuestiones conceptuales –la «espiritualidad militar»–, dentro de una obra que reúne una miscelánea de trabajos con el objeto de definir la armadura político-ideológica de los reyes de Castilla y León y el papel de las órde-

nes militares, a partir de los proyectos de reconquista; cabe concluir que la solución a la ecuación inicialmente planteada no es matemáticamente exacta, sino todo lo contrario. Los elementos del numerador y del denominador aglutinan, histórica e historiográficamente, un conjunto de circunstancias en el que grupos de laicos, preparados y atraídos por los beneficios de participar en los conflictos bélicos, pero bajo el influjo de la cultura cristiana predominante de su época, se asociaron en cofradías, institutos y organizaciones para ser y representar la punta de lanza de unos intereses válidos y valiosos para el conjunto de una Europa Occidental en guerra. El apoyo de los rectores de la Iglesia, y como recoge esta obra más concretamente en sus tres últimos artículos, de los obispos hispanos para las empresas bélicas de Fernando II y Alfonso VII, es el fiel reflejo de cómo en muchas ocasiones existió una unidad de actuación entre una soberanía directora y unas jerarquías eclesiásticas próximas a la corte, encargadas de elaborar o justificar un aparato propagandístico que incluía exaltar el ejercicio de la *potestas*, como la actividad militar, el valor de sus líderes y la gloria de las ganancias territoriales. Asimismo, por tanto, la milicia cristiana a la actividad guerrera genéricamente desplegada en la reconquista española o en las cruzadas el oriente Latino, lejos corresponderse con la realidad, desnaturalizaría el sentido del concepto y de las bases de una espiritualidad de quienes desde sus distintos campos profesaron y defendieron el depósito de la fe en un mundo socialmente cambiante, en expansión y generador de conflictos.

Julia PAVÓN
Universidad de Navarra